

Gráfico
DE MARTÍNEZ DE LA TORRE
CRÓNICAS
de Tlapacoyan



ALFONSO DÍEZ GARCÍA
alfonso@codigodiez.mx

Historias del Día de Muertos

SIN OFRENDA PARA LOS MUERTOS

Se acercaba el Día de Muertos y Anita le pedía a Ernesto que la apoyara con dinero para ponerle ofrendas a los seres queridos que ya se les habían ido. Él le respondía que para qué gastaba en eso, que mejor se ocupara de los que todavía vivían, que si quería hacer alguna ofrenda llevara una veladora al Cerrito y ya con eso era suficiente. La ofrenda se quedó, en consecuencia, sin alimentos ese año. El 2 de noviembre, Ernesto salió a la calle y se topó con una procesión, pero ésta se transformó en sorpresa cuando vio que en el grupo de los que caminaban estaban algunos que él sabía que habían fallecido. Se quedó paralizado del asombro, que fue mayor cuando descubrió entre estos a sus propios padres. Todos llevaban alimentos y bebidas, menos sus padres, que ni tan sólo un vaso de agua llevaban consigo. Se percató de que tal vez él tenía la culpa, porque le había dicho a su esposa que no pusiera nada de ofrenda a sus seres queridos y lo que estaba viendo evidentemente era una procesión de muertos. Corrió a su casa y en cuanto vio a su mujer le pidió que lo disculpara y que pusiera de inmediato ofrendas tanto a sus padres como a los de ella, así como a otros familiares cercanos que habían muerto. Ella parecía no hacerle caso. Le llegó entonces un murmullo de la sala y cuando llegó a ésta se encontró con un ataúd al centro de la misma y algunas personas sentadas alrededor, frente a éste. La tapa estaba abierta así que se acercó a ver de quién se trataba y se descubrió a sí mismo dentro del féretro.

El niño de Tomata

Luisito presumía con cualquiera que lo estuviera observando de cómo corría alrededor del área reservada para los turistas que se acercaban a ver la cascada de Tomata. Era una zona peligrosa, resbaladiza sobre todo cuando le caía agua, pero Luisito siempre andaba descalzo y sus pies parecían conocer el terreno palmo a palmo. Tanto sus padres como sus hermanos mayores lo habían regañado en varias ocasiones, cuando lo descubrían fanfarroneando, haciendo piruetas para los turistas con tal de recibir algunas monedas. Llegó el Día de Muertos y una tía llegó de visita a la casa de Luisito. Se lo llevó a comprarle zapatos a Tlapacoyan, así que, cuando regresaron, el niño los presumía brincando por la casa. Al otro día, por la mañana, Luisito se salió y no lo vieron durante varias horas. Más tarde les vinieron a avisar que el chamaco había muerto. Un vecino

le narró lo que sucedió: Llegaron turistas y Luisito comenzó a hacer las piruetas de siempre, con mayor ahínco porque llevaba zapatos nuevos y los estaba presumiendo y precisamente estos le costaron la vida; en una de esas vueltas corriendo por la orilla del terreno frente a la cascada, el niño se resbaló y cayó al fondo. Si los golpes que recibió durante la caída no lo mataron, el agua lo hizo, tal vez debido a los zapatos no pudo salir a flote y se ahogó.

Enterrado vivo

A fines de los 1930s y principios de los 1940s, en el Cine Nuevo, ubicado en la calle de Gutiérrez Zamora, entre las de Héroes, entonces Alatorre, y Ferrer, se exhibían películas y se presentaban espectáculos. En una ocasión llegó a Tlapacoyan la compañía teatral de Engracia Torres Vázquez, quien se presentaba como "La Flor Acacia". Su cabeza emergía de un jarrón, como si no tuviera cuerpo, y de éste salían dos plantas como único adorno. La Flor Acacia, o La Flor Azteca, como le llamaban cuando estuvo de gira por Argentina, respondía preguntas de Roberto de Nostradamus, quien la acompañaba en el espectáculo, y adivinaba todo lo que le preguntaban. Roberto, por otro lado, en su parte del show llamaba a un voluntario de entre los espectadores, lo pasaba al escenario y, una de dos, lo hipnotizaba o le disparaba, luego lo enterraban en la plazuela cercana, dentro de un féretro, al cual le atornillaban la tapa, para sacarlo horas después y despertarlo frente al público que abarrotaba el teatro a la expectativa. Uno de los voluntarios, por cierto, fue un tlapacoyense que se llamaba Teóclito Zamora.

El show, evidentemente estaba arreglado, no mataban ni hipnotizaban realmente a nadie, se adiestraba a alguien mediante una paga y tras ensayar a conciencia llevaban al cabo el espectáculo.

Meses después de estas presentaciones, un par de muchachos las recordaban y se les ocurrió que ellos también podrían emular el espectáculo y presentarlo para cuando llegara el próximo Día de Muertos, así que consideraron que con ensayar lo suficiente podrían presentarse en algún escenario con buenos dividendos.

No quisieron arriesgarse con la escena del disparo, así que intentaron la hipnosis, sin conseguirlo, por lo que decidieron que uno de ellos simplemente fingiría que había sido hipnotizado y seguirían adelante con todo lo demás. Prepararon una especie de cajón lo más parecido a un catafalco, uno de ellos se metió dentro de éste y le pusieron una tapa sin clavos ni tornillos, por si tuviera necesidad el que iba a ser sepultado de salir antes del tiempo acordado

del entierro.

Se fueron a la parte de atrás de su casa, hicieron un agujero, metieron el cajón y se metió dentro uno de ellos; el otro procedió a echarle tierra encima y tuvieron cuidado de no atornillar ni clavar la tapa. Tras varias paletadas de tierra sobre el ataúd, el que quedó afuera tomó el tiempo y se fue. Regresó en seis horas, como habían acordado. Procedió a quitar la tierra de encima del ataúd y se llevó una terrible sorpresa: su amigo estaba muerto, tenía los dedos con costras de sangre, era evidente que empezó a sentir la falta de oxígeno y quiso mover la tapa, pero no pudo, seguramente porque la cantidad de tierra sobre esta era demasiada y aunque no hubiera clavos ni tornillos el peso de la tierra le impidió quitar la tapa para salir. Murió asfixiado.

El que quedó vivo se espantó de tal manera que lo único que se le ocurrió fue volver a tapar el féretro, para que no lo acusaran de asesinato. Tiró el exceso de tierra sobrante por otro lado y limpió el terreno para que no se notara lo que había sucedido. El Día de Muertos pasó por la familia del desaparecido con dolor, porque no lo encontraban. Buscaron varios días y nada. Dieron parte a la policía, pero estos no se tomaron la molestia ni siquiera de ir a la casa del desaparecido para inspeccionar. El que quedó vivo se fue de Tlapacoyan. A partir de la muerte de su amigo comenzó a vivir nervioso, con temor y se le ocurrió que lo mejor era salir de la población. Encontró trabajo en una constructora en Mazatlán. Años después, trabajaba en el dragado de una parte al norte del puerto, donde se pretendía construir la entrada para el transbordador y cayó al agua desde la parte alta de la maquinaria. Sufrió múltiples golpes, pero no se ahogó porque uno de sus amigos se aventó al agua, arriesgando su vida y lo sacó.

Agonizando, en su lecho de muerte, el tlapacoyense se decidió a contarle a su amigo lo que había sucedido con el enterrado vivo en Tlapacoyan, le dio todos los pormenores y falleció como consecuencia de los golpes que recibió al caer de la draga.

Durante las siguientes vacaciones en el trabajo, el que rescató al amigo decidió ir a Tlapacoyan. Al llegar, contactó a la familia del que había muerto enterrado y les contó lo sucedido con el que acababa de fallecer. De inmediato se fueron al lugar descrito, atrás de la casa. Había un jacal con piso de cemento en el lugar que antes era campo abierto. Sin dudarle, procedieron a romper el piso, que era delgado y a sacar la tierra. Encontraron el ataúd y dentro de éste el cadáver agusanado, reconocible sólo por las ropas y otros objetos que llevaba el difunto. El día que lo localizaron, era, curiosamente, otra vez Día de Muertos.



La muerte llega sólo una vez

* EL UNIVERSO NO TIENE PRINCIPIO NI FIN * REFLEXIÓN DESPUÉS DEL DÍA DE MUERTOS

¿Existe el más allá? ¿Hay vida después de la muerte? ¿Pueden regresar los muertos? ¿Existe la reencarnación?

No, la respuesta a las cuatro preguntas anteriores es no y veremos más adelante porqué. En días pasados rendimos homenaje a los que fallecieron. Ir a los panteones a dejar flores ante sus tumbas, armarles ofrendas, rezar alguna oración por ellos si tenemos alguna religión, mandarles decir alguna misa en nuestra parroquia o con el sacerdote preferido, son las maneras que tenemos para recordar a aquellos cercanos a nosotros que han muerto. Algunos ilustres pensadores se han opuesto desde hace muchos años a rendir culto a los muertos, pero vista la costumbre como una tradición añeja no deberíamos considerar de manera negativa las prácticas mencionadas en el párrafo anterior.

Sin embargo, hay quienes llegan más lejos y responden que sí a las cuatro preguntas formuladas al comenzar estas líneas. Es un grave error y veamos porqué. Lo único que existe es el presente, lo que nos rodea, no hay un mundo paralelo invisible en el que se encontrarían todos los muertos. Comenzando porque a lo largo de todos los años de existencia del ser humano suman miles de miles de millones aquellos que han fallecido, de tal manera que no habría un mundo con las dimensiones suficientes para darles cabida.

Y aquí vale la pena otra reflexión: ¿En ese mundo supuesto de los muertos, pasarían a otro al pasar otra temporada promedio de, digamos cien años, o ahí quedarían cumpliendo miles, millones de años de edad? De ser este último el caso, los primeros hombres tendrían decenas de millones de años de existir en tal inframundo.

Pero no hay necesidad de llegar tan lejos, basta con reflexionar sobre el punto para llegar a conclusiones certeras. A medida que pasan los años, envejecemos y se deteriora nuestro organismo, nuestra piel se va arrugando, nuestros órganos comienzan a funcionar con deficiencia y el músculo cardíaco, que provee de sangre a nuestro cerebro, a nuestro cuerpo y a todo nuestro organismo, se va debilitando hasta que se detiene. Es entonces cuando fallecemos. Nuestro cerebro deja de recibir sangre y dejamos de tener pensamientos, de enviar señales a nuestras extremidades para que se muevan, a nuestro organismo para que funcione y a nuestros sentidos para poder escuchar, hablar, sentir, ver y oler.

En otras palabras, para pensar, necesitamos cerebro; para ver, ojos; para escuchar, oídos; para oler, nariz; para hablar, lengua y garganta. Cuando un enfermo cae en cama es porque se ha debilitado a tal grado que su organismo ya no funciona. Cuando muere, simplemente dejó de ser un organismo, se apagó. No pensamos, vemos, escuchamos y sentimos porque tenemos incrustada un alma dentro de nuestro cuerpo que nos permite vivir; al contrario, gracias a que nuestros órganos funcionan es que tenemos vida. Hace miles de años, cuando desconocíamos el funcionamiento del cuerpo humano, se propuso que había un alma en nuestro interior que era la que nos daba vida; pero en el año 2016, en pleno siglo 21, tenemos que abrir

los ojos y darles luz a quienes los tienen cerrados. La ciencia nos ha enseñado cómo funciona nuestro cuerpo, cómo y porqué tiene vida nuestro organismo. Decimos, por ejemplo, metafóricamente, que "la música es el alimento del alma", porque le da un gozo tal a nuestros sentidos, de recuerdos, de sensaciones agradables, de momentos románticos, que sentimos que nos alimenta y de siglos atrás nos referimos a nuestra alma como la entidad invadida por esa sensación, cuando en realidad son simplemente nuestros sentidos y los recuerdos que emanan del cerebro los que son tocados por la música.

Así que, los que se fueron, quedaron sin cerebro, sin corazón y en consecuencia sin pensamientos, sin recuerdos, cumplieron con su ciclo vital y se han ido para siempre. No hay vida después de la muerte porque los órganos que se la podrían dar al organismo que la tenía dejaron de funcionar. No hay, por lo tanto, manera de que los muertos regresen a la vida, no existen los fantasmas, ni los espíritus chocarreros, ni las almas en pena. Y no hay absolutamente ninguna posibilidad de reencarnación. Esta palabra significa volver a dar carne a un alma que dejó de tenerla porque abandonó el organismo que la alojaba; pero, como hemos visto, la palabra "alma" es una metáfora, la vida de una persona acaba totalmente cuando fallece, valga para la explicación lo que podría parecer pleonasma.

Cuando alguien supone, o afirma, que vio con vida a un muerto, podemos tener la seguridad de que padece alucinaciones o ha sido sugestionado de tal manera que ha creído ver lo que no puede existir.

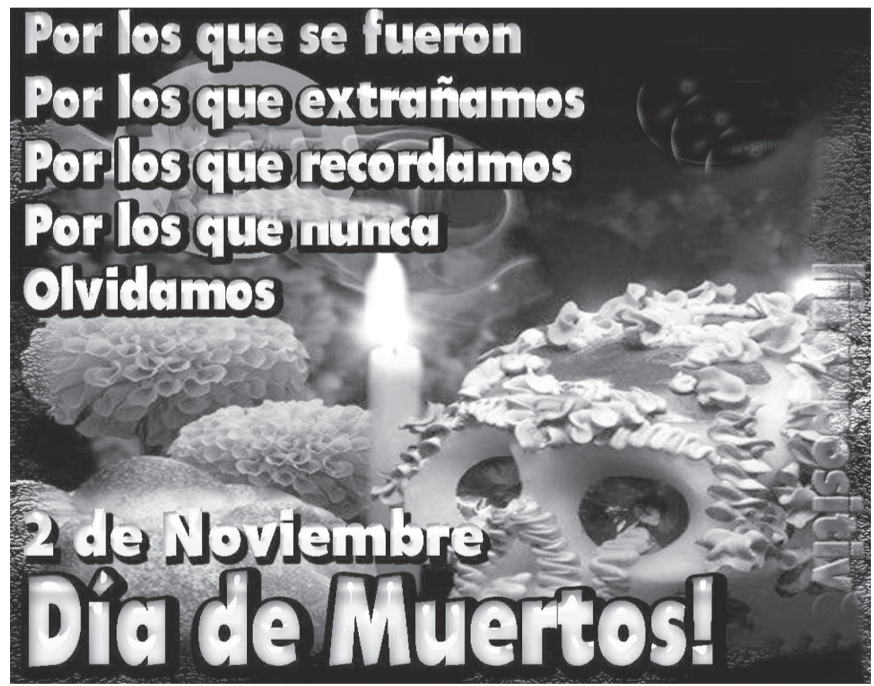
Es tiempo ya de que quienes no han sido informados de todo lo anterior sepan la verdad. Para algunos podrá ser doloroso, pero hay que dar luz a quien vive en la oscuridad.

Hablar de religión y de política ha sido siempre motivo de discusiones. Por otra parte, hay creencias arraigadas de generación en generación y tememos disgustar a nuestros padres o abuelos si pensamos diferente a ellos en estos temas. Por éstas y otras causas, quienes se han percatado de que las respuestas a las preguntas formuladas al comenzar esta reflexión son en los cuatro casos "No" prefieren callar, antes que ser señalados de manera inquisitorial. Sin embargo, toda caminata de miles de kilómetros comienza por un paso. ¿No cree usted que llegó el momento de darlo?

En otras de estas colaboraciones, el autor de estas líneas ha planteado: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Y lo cierto ahora es que "Nada se crea, nada se destruye, solamente se transforma"; es decir, nuestro universo es insondable e inexplicable, no tiene fin ni principio, no conocemos su verdadera magnitud, pero de lo que sí podemos tener la certeza es de que no fue creado de la noche a la mañana; si así lo creyéramos, tendríamos que preguntarnos: Si en algún momento el universo no existía, ¿Qué había en su lugar? ¿Nada? ¿Y en qué lugar, si no había ese lugar, ese espacio, se creó el universo?

¿No resulta más fácil pensar que siempre ha existido?

Y a nuestros muertos, recordémoslos con cariño, podemos rendirles homenajes, pero es hora de aceptar que la muerte llega solamente una vez... Y cuando llega, ahí se acabó todo (ADG).



Que quién soy

CORREO DE NUESTROS LECTORES

• Me llegan muchos correos de ustedes, queridos lectores, que agradezco profundamente.
• Respondo siempre a los crónicos.
• Merecen un lugar en estas crónicas y, por lo tanto, a partir de ahora trataré de publicar alguno en esta página cuando el espacio nos lo permita.
• Me llegó un correo de una lectora de Martínez de la Torre que reproduzco, editado y sintetizado, con la consiguiente respuesta de mi parte.
• **Alfonso, te hablo de tú porque te considero un amigo. Leo lo que escribes y te escucho por la radio. Conozco tu trayectoria, pero me he quedado con preguntas que quiero hacerte desde**

aquella vez que publicaste lo que se refiere a tu edad. Es obvio que lo que escribiste era algo simbólico, metafórico, porque nunca creí que en verdad tuvieras 95 años de edad. Además, leí algunas de tus historias que ahora no encuentro, porque debes saber que colecciono todo lo que escribes. Ojalá pudieras publicar de nuevo la de tu edad, también aquella en que preguntas "¿A qué edad se quiere morir?" y "Prohibido llorar". Pero, además, dime, Alfonso, ¿Quién eres? Y te digo, no tu trayectoria, que la conozco, simplemente ¿quién eres? Por favor, si publicas este correo, no des a conocer mi nombre.

Te llamaré simplemente "amiga", entonces y con mucho gusto respondo a tu pregunta: Te podría responder de tantas maneras, desde decirte que "Yo soy un humilde cancionero..." que podría sonar a que me tiro al piso para que me levanten, hasta aquélla que dice "Soy un pobre venadito que habita

• **en la serranía...** y sería lo mismo.
• Un escritor, amiga, solamente tiene un currículum: lo que escribe. Si está bien escrito lo que hace, si sus historias llegan a tocar tus fibras sensibles, si sientes que escribe con pasión, sensibilizado de tal forma que a su vez te sensibiliza, entonces es un buen escritor y vale la pena leerlo. Si sus investigaciones las plasma de tal manera que notas que estudió a fondo lo que te transmite, si no manipula los textos, si cuando escribe novela o cuento hasta él mismo se los cree, entonces se trata de alguien a quien puedes buscar y leer. Si soy el que eliges, muchas gracias por hacerlo.
• ¿Qué importa cuántos títulos pueda tener, amiga? ¿Qué importa cuántos caminos haya recorrido y cuántos me queden por recorrer? Mientras tenga brillantez y sensibilidad seguiré escribiendo. Les he dicho a mis amigos que si algún día notaran que comienzo a perder lucidez debido al paso inexorable de los años, me lo hagan saber para desaparecer, porque llegar a ese extremo, para mí sería como estar lisiado de manera total. Así como no quisiera llegar a estar en silla de ruedas y dependiente de alguien hasta para comer y cubrir mis necesidades, tampoco me gustaría perder este maravilloso don de poder plasmar en blanco y negro lo que pienso.
• Y volviendo a los caminos que he recorrido, para terminar, puedo decirte como el de la canción: **"Me gusta andar, pero no sigo el camino, porque los seguros ya no tienen misterio..."** Y los inseguros prefiero dejarlos de lado. Sin embargo, viajo mucho, me gusta cambiar de panorama... O tal vez, lo que sucede es que no he encontrado el mío, aquél en que pueda quedarme con la seguridad de que es el definitivo en mi vida, con todo lo necesario para que el autor de estas líneas viva feliz (ADG).